

LA SALIDA DEL SOL

Por: **CARLOS CUERVO MARQUEZ**

Profesor

1920

Ingeniero Civil y Geógrafo

Artículo del Boletín de la

Sociedad Geográfica de Colombia

Número 110, Volumen 30

1976

En todos los climas, en todos los terrenos y en todos los tiempos; en los amplios horizontes del océano o en los reducidos valles de las montañas, la naturaleza toda, desde el hombre hasta el insecto, las flores y las brisas, saludan con regocijo la aparición del astro que disipando las tinieblas, da vida y calor a cuanto se anima bajo la bóveda del cielo. Este fenómeno, aunque diariamente observado y eternamente repetido, siempre sorprendente, es siempre nuevo y siempre solemne; pero en ninguna parte reviste el risueño colorido y la imponente majestad de que se rodea en nuestras extensas pampas orientales.

Desde las cuatro de la mañana principia a ceñirse el horizonte con una cinta luminosa que a cada momento se ensancha y adquiere la brillante apariencia de fuego orlado por dorados y deslumbrantes reflejos; todavía se observan en el cenit algunas estrellas titilando sobre el hermoso fondo de un cielo oscuro. La zona luminosa se ensancha por instantes y en el dilatado horizonte se ven como los reflejos de una mar de fuego que, poco a poco, invaden la bóveda celeste. El más profundo silencio reina por donde quiera, y la naturaleza entera parece sumida en devoto recogimiento. De pronto principia a levantarse con solemne lentitud por sobre la línea que marca el horizonte natural, inmenso globo de color sangre, que se ve de más de un metro de diámetro aparente; en el acto las brisas, alegres y juguetonas, atropellándose, cruzan la llanura en todas direcciones; el follaje de los bosques se agita con inusitada rapidez, y las mil aves del Llano entonan sus cantos, unos alegres y armoniosos, y otros monótonos y agudos; la naturaleza toda se conmueve y saluda entusiasmada la salida del sol.

Entretanto, el majestuoso globo se eleva lentamente sobre la línea que señala el horizonte; parece que adelantara con paso vacilante y en inclinándose a uno y otro lado, como si a cada instante se detuviera para contestar, con el saludo, la ovación que el mundo organizado le tributa con frenesí.

Poco a poco, el horizonte se hace más brillante; el gran disco continua ascendiendo y a medida que se eleva, el rojo oscuro que a principio ostentaba se torna en amarillo de oro; pero todavía puede el hombre contemplarlo frente a frente; a fin, los rayos luminosos inundan la inmensa llanura, distribuyendo por doquiera luz, calor, animación y vida. Se divisan las selvas seculares que aquí y allá matizan la sabana, los grupos de elegantes palmeras, las lucientes fajas de los ríos que, a lo

lejos, se pierden en el horizonte. El sol ha recobrado sus aparentes normales dimensiones, su brillo deslumbrador, y asciende rápidamente en su carrera. Son las seis y cuarto de la mañana. Fácilmente se comprende la profunda impresión que en el ánimo de los chibchas produjera este admirable espectáculo cuando, desde la cima de la cordillera, lo observaban, y veían que el sol de dimensiones extraordinarias y tinto de sangre, surgía, terrible e imponente, de los confines desconocidos de la pampa. Así, no es extraño que fuera, en las llanuras orientales en donde se procuraban los moxas, mancebos sacrificados en sus más solemnes festividades religiosas, y ofrecidos en holocausto al astro-rey, quien debía alimentarse con los sagrados despojos de la víctima, los cuales, con tal objeto, quedaban expuestos por cierto tiempo a la acción de los rayos solares.

El chibcha debía creer que el mancebo nacido en el Llano estaba como ungido por los primeros rojizos destellos que sobre la tierra envía el astro inmenso, y, por consiguiente, lo debían tener como víctima más propicia a los ojos de la divinidad.

No en todo tiempo la salida del sol puede contemplarse satisfactoriamente, pues no siempre se disfruta de un horizonte limpio y despejado : en los primeros días del verano, cuando aún la atmósfera del Llano no está obscurecida por el humo de los incendios o por las brumas producidas por la evaporación durante la estación seca, es cuando puede observarse el grandioso fenómeno en todo su esplendor.

Nota de la Redacción: El profesor Carlos Cuervo Márquez, castizo escritor y miembro de la Academia Colombiana de Historia, autor de "Estudios Arqueológicos y Etnográficos Americanos" hizo una excursión de Bogotá a los Llanos Orientales, en compañía del historiador Francisco J. Vergara y Velasco, cuyos apuntes recogió en un opúsculo que bajo el nombre sencillo de "El Llano", publicó la Editorial América, de Madrid, en 1920.

